

la censura y el anatema del país y del mundo civilizado; aun cuando para ello nos bastaría invocar nuestra autoridad de hombres honrados, no queremos olvidar tampoco el título de progresistas que nos coloca muy altos. Dispute, en buen hora, su validez *El Parlamento*; pero dispútela con hechos incontestables, y si encuentra en el partido á que pertenecemos alguno que se parezca á la orden de 13 de diciembre de 1844, nosotros seremos los primeros en censurarle y anatematizarle.»

Volvamos á las prisiones y deportaciones de los honrados liberales de Madrid.

## CAPITULO XXIV.

### LAS CADENAS.

El día 9 comunicaron á los presos la orden de marcha que debia verificarse definitivamente el día diez.

La alegría que aquellos infelices habian experimentado dos dias antes, convirtióse en llanto de parte de las familias, en desesperacion de parte de los presos.

Desvanecióse ya toda esperanza halagüena; la marcha era de todo punto inevitable.

Para hacer mas acerba su angustia, contra la costumbre de los anteriores dias, en que las gentes que iban á visitar á los presos permanecian hasta las diez, mandóse despejar á todos apenas habia anochecido.

Momentos solemnes fueron aquellos en que muchos dieron el adios postrero á las prendas mas gratas á su corazon.

Las rejas de los cuartos de alcaidía de la cárcel de Côte, daban á la calle de la Concepcion Gerónima, y por esta razon ocu-

paron las familias de los presos todo aquel frente, y se agrupaban á las rejas ansiosos de ver y hablar á personas tan queridas.

La mayor parte de los que este consuelo ansiaban, pertenecian al bello sexo.

Sonó de improviso una voz en la calle, que dijo:

—Señoras, aquí se pierde el tiempo; la reina asiste esta noche al teatro de la Cruz. Vayan ustedes allá, y al tiempo de apearse del coche, pueden suplicar á S. M. que suspenda la marcha de los presos.

Este consejo amistoso escitó la ira de los policiaicos.

Un peloton de la ronda de capa disolvió los grupos de mujeres á viva fuerza, y buscó en vano al que habia dado aquel inocente consejo, que las desventuradas esposas, madres é hijas de los presos no vacilaron en seguir.

Dirigiéronse en efecto al teatro de la Cruz y se agruparon á la entrada por donde habia de pasar la reina.

Apercibidos los polizontes de lo que intentaban aquellas mujeres, dieron inmediatamente parte á su digno superior el conde de Vista-hermosa, quien mandó que se las hiciera abandonar aquel sitio.

Las lágrimas de las hermosas que tanto alcanzan, no pudieron ablandar aquellos corazones empedernidos.

Las súplicas, las reflexiones fueron tan inútiles como el llanto.

La fuerza armada separó de allí de una manera brutal á las desconsoladas mujeres, previniéndoles que la que no se retirase á su casa, seria conducida sin demora al Saladero.

Las esperanzas de tantas infelices quedaron de este modo frustradas, porque los mismos que tanto decantan y sostienen las prerrogativas del trono, privan á quien le ocupa el ejercicio del acto

mas sublime que le está encomendado: el de perdonar.

Aterradas las pobres mujeres, regresaron á la calle de la Concepcion Gerónima, deseosas de hablar otra vez con los encarcelados; pero no las permitieron aproximarse á la cárcel, y aun cuando hubiesen vencido este obstáculo, quedaba otro de todo punto invencible: se habian mandado cerrar las rejas de la cárcel que daban á la calle.

¡Qué cobardes son siempre los tiranos!

A pesar del triunfo que habian conseguido por motivos que ningun roce tenian con el valor ni la inteligencia de aquellos hombres funestos, su pánico era escandaloso.

Conocian allá en el fondo de sus almas detestables, lo inaudito de su proceder, y recelaban que el pueblo, oprimido como estaba, tratara aun de sublevarse contra ellos.

A guisa de salteadores desalmados, que despues de haber saqueado al pasajero, permanecen recelosos de ser descubiertos y sufrir el justo castigo de su maldad, los hombres de la moderacion á pesar de su victoria, á pesar del omnimodo poder que ejercian, recelaban tambien que se alzase contra ellos una voz justiciera, y que á esta voz siguiera impelido por la mano de Dios el alzamiento universal del pueblo, de ese pueblo magnánimo que tan opreso se hallaba en aquellos momentos de dolor y angustia.

El reloj de Santo Tomás acababa de dar las doce de la noche.

Fúnebre silencio imperaba en las calles de Madrid, interrumpido de vez en vez por la voz de ¡ALERTA! que daban las centinelas y el monotonó y acompasado rumor que causaba la marcha de las patrullas que se cruzaban en todas direcciones.

Tambien la cárcel estaba sumergida en un silencio sepulcral.

Los presos políticos que aguardaban la hora de partir, como

aguarda el reo la hora funesta de marchar al patíbulo, permanecían meditabundos.

La esperanza, dulcísimo consuelo que alienta á soportar los mas desastrosos infortunios, alentaba individualmente á las víctimas, y aquellos á quienes nada les acusaba su conciencia, que eran la mayor parte, pues ninguna relacion habian tenido con los sulevados, dudaban si estarian ó no comprendidos en la lista que se esperaba del gobierno para saber quiénes habian de ser deportados.

Llegó el momento fatal...

Rechinaron los cerrojos, giraron las puertas sobre sus goznes á la orden que intimó al alcaide, el que se presentaba para apoderarse de tantos infelices.

Este agente del gobierno era un oficial de Salvaguardias.

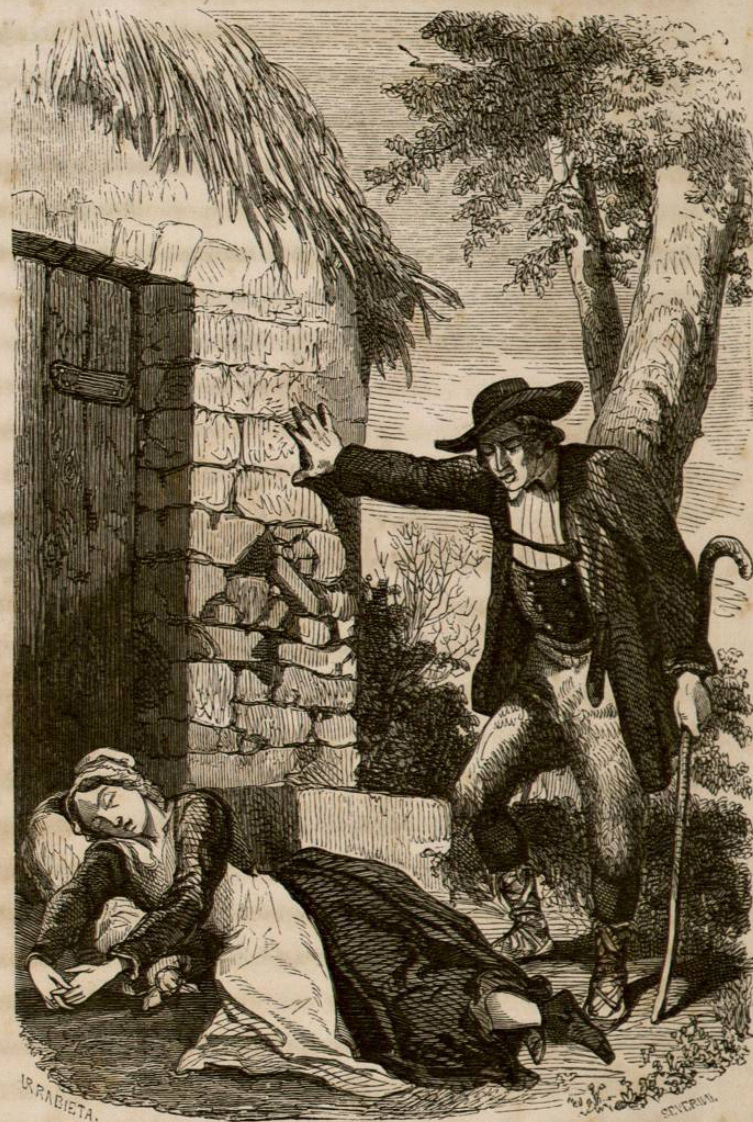
Una voz estentórea comenzó á pronunciar nombres propios, y los nombrados iban saliendo al callejon que desde la plazuela de Santa Cruz daba á la Concepcion Gerónima.

Conforme iban presentándose se les ataba de dos en dos, con una luenga sogá de esparto, por los salvaguardias, á presencia de su gefe.

Setenta y dos ciudadanos españoles fueron amarrados como amarran los negreros á sus esclavos de Africa; operacion repugnante que duró hasta la una y media.

Colocados entre dos filas de salvaguardias y de individuos de la ronda de capa, cuyo uniforme se reducía al calañés, manta, trabuco y canana, parecían una cuadrilla de ladrones que conducía á su cueva á los robados.

Al emprender la marcha, impelido el gefe de aquellos genizaros del despotismo español, por el deseo de darse importancia, ó



(6)

(Ayguals de Izeo hermanos, editores.)

mas bien á impulsos de su miedo, quiso echar su alocucion á los que tenia bajo sus órdenes, y tomando un aire de insultante superioridad, habló de esta manera:

—Señores: vamos á marchar á la cárcel del Saladero. Prevengo á ustedes que el que hable una palabra, el que haga la mas leve demostracion, mando hacer fuego sobre todos, aunque paguen justos por pecadores.

No hay muy buena gramática en las precedentes frases, pero así queremos dejarlas consignadas, porque son las palabras testuales que pronunció aquel bárbaro, y que las hubiera cumplido á no ser escesivamente cautos los presos.

—¡En marcha!—gritó por último.  
Y en medio de un silencio fatídico empezó á caminar aquella triste comitiva.

Al desembocar en la plazuela de Santa Cruz, veíanse algunos grupos de mujeres y niños que procuraban reprimir los sollozos por que no fuesen oídos por los verdugos de sus esposos y padres: aun á pesar de su silencio se les mandó bruscamente que se alejasen.

En este momento llegaron María y Rosa y vieron atado entre los de la funesta cuerda á su querido padre como si fuera un detestable facineroso.

El honrado Godinez exclamó en tono solemne al verlas:  
—¡Hijas mías!... ¡A Dios para siempre!... Yo os bendigo.  
¡Mas no pudo abrazarlas!

Las desventuradas hijas quisieron arrojarle á su cuello para inundarle de lágrimas y de caricias; pero los polizontes las rechazaron, y con palabras soeces y groseras risotadas insultaron su amargura.

Desde aquel terrible momento resolvió la marquesa de Bellafior abandonar Madrid. Parecíale un centro de asesinos.

Acordóse que su marido tenía posesiones en Zaragoza, y no vaciló en elegir aquella heroica ciudad para establecerse con sus hijos; pero sigamos nuestro triste relato.

Al llegar los presos á la plazuela del Angel, tampoco pudieron contenerse otros grupos de mujeres que esperaban.

Al ver de aquel modo atados á sus padres, á sus hijos, á sus hermanos, prorrumpieron en gritos de horror y desconsuelo.

Llamaban entre sollozos á objetos tan queridos, y pretendían abrazarles por la última vez, pero se interpuso la fuerza armada, y se las intimó que si no callaban, si no se alejaban inmediatamente, los presos pagarían aquellas impertinentes demostraciones.

El temor de agravar los males de sus parientes, dió fuerza á las desdichadas para obedecer, reprimiendo el dolor y ahogando el llanto en sus corazones.

Desde este momento destacóse alguna fuerza que iba en avanzada haciendo alejar á toda persona que salía al encuentro, y la marcha prosiguió melancólicamente silenciosa por la calle de Carretas, Puerta del Sol, calle de la Montera y la de Hortaleza.

A la mitad de esta última calle vivía don Francisco Borja, propietario y comerciante, que era uno de los presos escoltados.

No ignoraba su familia que había de pasar por allí, y su señora y sus hijas estaban en acecho.

Júzguese cuál sería la amargura de estas personas al ver cómo conducían á su esposo, á su padre!

Tampoco pudieron reprimir el llanto.

Entonces exclamó el gefe de la fuerza que mandaría hacer fuego contra ellas si no se retiraban inmediatamente.

Las desgraciadas tuvieron que obedecer llenas de dolor y espanto.

Así que los presos llegaron al Saladero, se les introdujo en una espaciosa, pero hedionda y ennegrecida sala, débilmente alumbrada por un farol.

Al entrar en ella, observaron con horror que en otra inmediata había un gran número de cadenas y grilletes preparados para su colocacion, y no dudaron acerca del destino de tan infamantes objetos.

Poco tardaron en llegar á la misma cárcel cuarenta presos mas, todos tambien por opiniones políticas, entre los cuales había un anciano ciego, y dos jóvenes italianos.

En vano alegaron algunos que estaban pendientes de causa sobre los sucesos del 26; y que solo el juez de la misma podía disponer de ellos; se les contestó que el gobierno decretaba su salida en uso de las facultades que las Córtes acababan de concederle.

Media hora despues se les presentó un ayudante del general Narvaez, que por el acento parecia no haber nacido en España.

Leyó la lista de los 112 liberales que iban á ser deportados, y sacando despues otra lista mas corta, leyó en ella 22 nombres que tambien se hallaban comprendidos en la anterior, entre los cuales figuraban los de los señores siguientes:

Don Julian Sanchez Gata, capitán de artillería y gefe político que había sido de Zaragoza y otras provincias.

Don Angel Essain, comandante en situacion de reemplazo.

Don José María Lallana, abogado y escritor público.

Don Domingo Hernandez, administrador tesorero del infante don Francisco.

Don Angel Escamilla, del comercio de libros.

- Don Francisco Borja, propietario y del comercio.  
 — Don Francisco Sierra, agente de negocios.  
 — Don N. Arias, magistrado de la audiencia de Valencia.  
 — Don Francisco Rodriguez, oficial auxiliar que habia sido del ministerio de la Guerra.  
 — Don N. Camarillas, propietario.  
 — Don N. Prieto, hijo de una familia acomodada de Santander.  
 — Don Francisco Robello, escritor público, conocido por el seudónimo de *El tio Fidel*.  
 — Don N. Encina y Piedra, rico fabricante de curtidos.  
 — Don Anselmo Godinez, arquitecto.

Citamos los precedentes ciudadanos y callamos otros muchos de algun viso y valer, porque bastan los nombrados para demostrar que los desterrados de Madrid por las ocurrencias del año 1848 no pertenecian todos á esa clase pobre, pero no por eso menos virtuosa y digna de aprecio, á la cual la barbárie de ciertos entes suele apellidar *populacho*.

Leida la lista de los 22, se separó á los individuos comprendidos en ella de los demás, colocándoles á un extremo del salon, y previniéndoles que no se moviesen de aquel sitio hasta nuevo aviso.

Al ver que habian sido separados del total de presos aquellos individuos mas influyentes, de mayores compromisos y de antecedentes marcados á favor de la causa de la libertad, todos comenzaron á calcular qué objeto podria tener semejante separacion, y como en estos casos, mayormente en tan aciaga época, siempre debia pensarse lo peor, atendida la índole despótica y sanguinaria de los prohombres que se hallaban en poderoso predicamento, creyeron algunos con fundados motivos, á consecuencia de su po-

sicion social, que el castigo que se preparaba á los separados de los demás, iba á ser mas terrible; y hubo espíritu febril que temió que todos los elegidos serian pasados por las armas al amanecer, cuando la cuerda emprendiese la marcha para su destino.

Mas de media hora trascurrió en la que aquellos desgraciados pasaron acerbos angustias, vacilando acerca del destino que les estaba reservado.

Entretanto, empleábanse varios herreros en concluir de preparar las cadenas y grilletes; y el ayudante de Narvaez se agitaba de continuo, yendo y viniendo, dando órdenes y preguntando con afan si los carros estaban listos.

A cada paso que daba aquel hombre, á cada orden reservada que comunicaba á sus subalternos, aumentábase la ansiedad y el conflicto de los 22 separados.

Por fin se oyó una voz que decia:

— Señor comandante.

— ¿Qué hay? — preguntó el comandante extranjero, ayudante del general Narvaez.

— Ya están aquí los carros.

— ¿Cómo han tardado tanto?

— Lo ignoro, señor.

— Hace media hora que debian estar aquí. ¿Vienen todos los que se han pedido?

— Sí señor.

— ¿Se han examinado bien si están todos en buen estado?

— Todos están corrientes.

— Ya que estos señores — añadió en tono compasivo — tienen la desgracia de ser víctimas de las vicisitudes políticas, es preciso hacer lo posible para minorar su desgracia.

Estas expresiones fueron recibidas por unos como una insultante burla, al paso que otros las creyeron sinceras y concibieron nuevas esperanzas de no ser tratados peor que los demás.

En este estado se dirigió el comandante á los separados y continuó en muy mal acento diciéndoles:

—Señores: el gobierno de S. M. me encarga decir á ustedes que en atención á sus clases, han sido, para el viaje que van á emprender, clasificados de oficiales; y de consiguiente irán sueltos y en carros, costeados por el gobierno. Si alguno de ustedes quisiera pagarse carruaje de mayor comodidad, puede encargarlo, y en el alto ó descanso que harán en el primer portazgo, camino de Aranjuez, lo hallarán á su disposición.

A pesar del odio que inspirar debiera aquel militar, ya como agente del aborrecido ministerio, ya como extranjero al servicio de los que deshonoraban á la España, sus palabras para los 22 deportados fueron las de un ángel; sin embargo, el silencio no se interrumpió ni aun para darle gracias; al contrario, muchos murmuraron por lo bajo, y el virtuosísimo padre de María, el honrado arquitecto don Anselmo Godinez dijo á sus compañeros:

—Verdad es que á nosotros individualmente se nos hace un favor; pero hasta en esto es injusto el gobierno. ¿Acaso porque esos infelices pertenecen á la clase de artesanos, son ni menos honrados ni mas culpables que nosotros? ¿Por qué á ellos se les encadena y á nosotros se nos deja libres? Yo por mi parte no admito semejante distincion. Pues qué, ¿el ser padre de una marquesa me da derecho á ser mas considerado? Yo soy arquitecto, he sido un pobre albañil, y pertenezco á la clase de los artesanos; me glorio, señores, de pertenecer á ella, y aunque viejo, llevaré la cadena con mas resignacion que el peso de mis remordimientos. No lo duden

ustedes, la conciencia me remorderia si aceptase una distincion que no merezco.

Todos aplaudieron y admiraron la heroica abnegacion del respetable Godinez, y no costó pocos esfuerzos á los demás convencerle de que no convenia rehusar aquel beneficio por injusto que fuese.

Cedió por fin á los ruegos generales y particularmente á la reflexion de que, yendo sueltos los privilegiados, podrian favorecer á sus compañeros de infortunio en la marcha, como así sucedió.

A esta escena siguió otra mucho mas triste, mas desgarradora: tal fué la colocacion de las cadenas y grilletes á los otros deportados, en número de noventa.

La pluma se desliza de la mano al tener que describir un cuadro que concibió, trazó y llevó á cabo la mas inaudita barbárie.

Emparejados por medio de una cadena de hierro de 25 libras de peso sujeta á sendos grilletes, cada pareja á quien se encadenaba ofrecia una escena aflictiva y repugnante á la par. Allí no se oian mas voces que las del dolor, ni mas acentos que los de la desesperacion.

—¡Ay hijos míos! ¿quién os dará pan? ¡Ya no teneis padre!

—¡Madre de mi vida, ya no volveré á verte!

—Esposa mia, ¡á Dios para siempre!

—¡Padres!... ¡hermanos! Soy inocente, y me separan de vosotros!...

—Os dejo ancianos, padres míos... ¿quién cuidará de vuestra vejez? Sin duda os matará el hambre, mientras vuestro inocente hijo gemirá en la mansion de los malhechores!...

Todos los que exhalaban estas y otras quejas de amargura, eran honrados artesanos.

Pertenecian á la clase mas útil del país, á la clase mas benemérita, á la clase de las virtudes y del trabajo.

¡Y los arrojaban de su patria los palaciegos inútiles, los holgazanes que acababan de robarles el fruto de su trabajo para solemnizar sus escandalosas orgías!

¡Y entonces, como ha dicho un célebre orador, no hubo mas que himnos de alabanza para el verdugo, y desprecio para las víctimas!

¡Y cuando se pide justicia contra el poderoso que ha delinquido, resuenan mil acentos en su defensa, y se alega su desgracia para justificar el escándalo!

Pues qué ¿no eran mas desgraciados los deportados del año cuarenta y ocho?

Sí, porque eran verdaderamente desgraciados, porque eran pobres... nadie abogaba en su favor.

Si hubieran conculcado todas las leyes, si hubieran robado millones á la nación para disfrutarlos en país extranjero *en su desgracia*, se hubiera acaso protegido su fuga... hubieran tal vez salido de España perfectamente custodiados... porque la justicia enmudece cuando se trata de los crímenes de los magnates, y solo ejerce su rigor contra los desvalidos.

¿Son pobres?

No se necesita saber mas.

¿Qué importa que justifiquen muchos de ellos su inocencia?

El crimen está en la pobreza, así como todo linage de consideraciones se tributa exclusivamente al opulento.

¿Y es esto moralidad?

¿Es esto justicia?

¿Es esto igualdad ante la ley?

¡Y aun hay almas tan bajas que censuran nuestra conducta!

¡Aun hay seres tan degradados que abogan por los ladrones de los palacios, y á nosotros, defensores de la inocencia desvalida, nos prodigan los mas groseros insultos!

¡Oh! gracias, gracias por vuestros ultrajes! Bien sabe Dios cuánto sentiríamos el baldon de merecer vuestras alabanzas.

Y si pensais, aduladores del poder, hacernos cejar de nuestro propósito con vuestros rabiosos aullidos.... si os figurais que no hemos de decir siempre la verdad por mas que pese á vosotros y á vuestros ídolos, si pensais que no hemos de seguir abogando por el pueblo á quien vosotros escarneceis sabiendo que es vuestro único soberano, os equivocais. No hemos de callar NUNCA, porque defendiendo la moralidad y la justicia, defendemos la causa de Dios, defendemos las doctrinas del Evangelio, y la íntima convicción de que obramos bien, nos hace mirar con soberano desprecio los denuestos de vuestra mercenaria pluma.

Volviendo á nuestros honrados artesanos, los mas de ellos eran maestros de taller, contribuyentes al Estado, y sufrían en su mayoría tan acerbo destino por una infame delación de algun individuo de la ronda de capa... de alguno que para lograr aquel degradante destino habia pasado antes por el de bandolero y presidiario, ó por el de faccioso carlista.

Entre las parejas á quienes colocaron el hierro infamatorio, se contaban don Antonio Artero, acomodado prendero del Rastro, y don Vicente Parrondo, tratante en carbon, muy bien establecido con varios almacenes propios y que ambos habian sido alcaldes de barrio en tiempo de la regencia de Espartero.

Tocó el turno para sujetarlos á la cadena á los dos jóvenes extranjeros de que ya llevamos hecha mencion.